

91

Rasgos Descriptivos de ~~Varias~~
Poblaciones y Sitios de la
República del Ecuador

Por
F. J. Solórzano

Guayaquil
año de 1871

Impreso por Atanasio Mexico



IMPR

RASGOS DESCRIPTIVOS

DE

VARIAS POBLACIONES Y SITIOS

DE LA

REPUBLICA DEL ECUADOR

POR F. J. SALAZAR.



GUAYAQUIL.

AÑO DE 1871.



IMPRESO POR ATANASIO MERINO.

RASGOS DESCRIPTIVOS
DE VARIAS POBLACIONES Y SITIOS
DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR,
POR F. J. SALAZAR.

Vió el hombre el mundo, y
cual su Autor Supremo,
vió que todo era bueno.
POPE.

resolvernos a publicar con el tí- que antecede, una serie de artícu- como prueba del humilde home- que rendimos a las bellezas de tro patrio suelo, nos ha parecido veniente hacer sobre el estilo en están escritos las siguientes reflec- es.

ando quien no es un idiota con- la el trozo de mármol que llama- "La Vénus de Médicis," o el re- de lienzo en que Rafael trató la sfiguracion del Señor, a mas de rar la actitud eminentemente ar- ca de las figuras y la atinada pro- ion de sus formas, se imagina en to al primero, que, como dice en "la diosa ama en la piedra, lle- el aire de belleza y fragancia y le munica parte de su inmortalidad," pecto del segundo, le parece que espíritu deslumbrado se anonada el peso abrumador de la radiante ia de la divinidad. Hay, pues, en obras maestras de los grandes artis- y mas aun en las que decoran la raleza, fuera de la belleza mate- si nos es permitida esta expresion, superior, misteriosa e incorpórea

que arrebató el alma y la engrandece. Si se quiere hablar en esta situacion, el lenguaje ha de ser forzosamente elevado y enérgico, propio del entusiasmo y de la admiracion: este lenguaje es entónces el natural y conveniente, y de ninguna manera el frio y desnudo de adornos, aunque se halle asistido de excelentes prendas.

Presupuestas estas verdades, advertimos a nuestros lectores que no ha sido nuestro ánimo hacer en los artícu- los que siguen las desnudas descrip- ciones que se leen en los libros desti- nados a servir de guías de viajeros, si- no bosquejar, aunque con la imper- feccion a que nos condena la rudeza de nuestra pluma, las vivas emociones que siempre experimentamos al con- templar las admirables escenas de la naturaleza que el suelo ecuatoriano nos ofrece a cada paso. No es, por consi- guiente, el estilo de que nos vamos a servir el adecuado a una simple narra- cion informativa, sino, a lo menos en cuanto nos lo ha permitido el corto vuelo de nuestros alcances intelectua- les el que es necesario emplear en la manifestacion de los vehementes afec-

tos que bullen en la mente del que se detiene a deleitarse en la poesía en que están empapados los fenómenos de la creación. Este estilo florido y exornado, si se usa con oportunidad y discernimiento, se aviene mas bien con la galana pompa del habla castellana que con la estructura mesurada, precisa y filosófica de la lengua francesa, a la que se ha achacado sin justicia, en nuestro concepto, el haberlo difundido

en España, y en ^{la} América latina, apesar de que se sirvieron de él con indudable buen éxito los mas célebres escritores peninsulares en los mejores tiempos de la literatura española.

Hecha esta esposicion ya podrán evitar la lectura de "Los rasgos descriptivos" los que miran con ojeriza el estilo a que acabamos de aludir, al cual hemos procurado acercarnos cuanto nos ha sido posible.

I.

GUAYAQUIL.

Ella es: llueve en mi corazon ese suave rocío de apacible gozo, y dulces emociones que se experimenta bajo el cielo de la patria, despues de una larga ausencia. Las cuadernas de mi baje no crujen ya atormentadas por las tumultuosas olas de la mar. El se desliza silencioso sobre las aguas, como un lirio caído sobre la tersa superficie de las lagunas aprisionadas entre los altos picos de los Andes; las línfas del rio, desalojadas por el timon, parten tranquilas a la orilla, y humedecen amorosas los tallos de las flores que crecen a la sombra de verdes tamarindos, y las copas de las palmeras se columpian al soplo de la brisa, suspendidas, como globos de ébano, entre el estrellado cielo y la cristalina faz del Guayaquil caudaloso.

Ha pasado una hora. Allá en lontananza se divisan entre las sombras de la noche las blancas habitaciones de

Guayaquil, iluminadas por las luces que brillan a la márgen del rio en una inmensa curva, semejante a la guirnalda de estrellas que adorna la frente de la Diosa del amor.

El bajel ha disminuido su andar, y avanza con lentitud por en medio de pequeñas embarcaciones, en cuya cubierta duermen sobre la dura jarcia algunos marineros arrullados por el acompasado balance de sus barquichuelos. El humo del vapor se escapa hácia el cielo en gigantescas espirales, y se desvanece en lo alto como la esperanza burlada; gira el cabrestante sobre su eje, y el ancla da fondo con estruendo al frente de la ciudad.

El sol de la mañana comienza a derramar por todas partes torrentes de vivísima luz y viste de esplendente gala a la hermosa Guayaquil. Allí está, asentada sobre su trono de esmeralda, bajo su pabellon de púrpura y oro,

contemplando su apacible faz en los cristales del rio, en tanto que la rubia cabellera, suelta sobre la espalda con artificioso desden, es humedecida por las aguas salobres de la mar.

Sus nobles hijas, dotadas de ojos divinos, se asoman de soslayo, circundadas de una atmósfera de seductora belleza, entre el blanco cortinaje de los balcones, apénas descornado por sus albas manos sin tintes sonrosados. Lindas mariposillas, de blando y voluptuoso vuelo, que al posar sobre las flores apenas mueven los pétalos de sus corolas. Siempre festivas y pagadas de las dotes del suelo en que han nacido, liban de continuo la copa de honestos placeres, sin curarse jamas de la muerte que incansable las asecha emboscada detras de las palmeras y floridos matorrales.

¡Cómo deslumbra la intensa masa de sofocante luz que da a esta comarca el aspecto de fulgido diamante! Por la tarde la bóveda del cielo se convierete en un solo Iris en forma de un inmenso dosel, cuyas orillas de escarlata descansan en semicírculo sobre las ondas de la mar, hasta que se esconde en esta el astro rei y se apodera de sus dominios la noche tenebrosa. En este bello pais no hay medios tintes ni gradacion de luz; sus escenas se prestan mas a la mágica brocha de Rubens que a las finas pinceladas de Rafael. Así son tambien los caracteres de sus moradores. En ellos nada hay mediano, amistad u odio, actividad o apatía, virtudes o crímenes, todo es desarrollado y grande como los árboles seculares de sus selvas, menos la diligente

observancia de los preceptos de la ley.

En este risueño verjel, entre "el rosal pintado y oloroso" que matiza la márgen del Guayás, se meció "la dorada cuna" del ingenio que asombró el mundo con la armonia de su divina lira, y en este continente comovió montes y rios con el sublime canto inspirado por la llama del amor patrio que ardia en su corazon de poeta. Aquí tambien, reclinando en el lecho de la agonía su cabeza ceñida de inmortales laureles, exaló su último aliento. Sí, aquí se puso el sol de la poesía americana; pero al hundirse en la eternidad dejó el espacio iluminado con los vivos destellos de su aureola, y "sobre las cimas de los Andes dejó ademas perennes faros" que atestiguan su gloria; las cuerdas de su lira, colgada a la sombra de los "opacos tamarindos" de su caro rio, vibran aun en todo el orbe, al impulso que recibieron de la maestra mano que las tañía, y su musa, desceñida "la estola y la tiara," suelta al viento la hermosa cabellera, y con la faz bañada en lloro, vaga triste y silenciosa por estas playas.

Mas ¿dónde está la urna de oro o de barro que encierra las cenizas del poeta? Cuál es el monumento sobre ellas alzado? Responde tú, Ecuador; si tuya es la honra de haber tenido tal hijo, tuyo es, por lo mismo, el deber sagrado de ensalzar su memoria y de rendirle ante la posteridad el homenaje que le es debido. Callas? Sí, callas, e inclinas la frente avergonzado. Aun has consentido en que las áureas páginas de Homero y Virjilio, de Pínda-

ro y Horacio que abiertas sobre una mesa nutrian el alma del poeta, se dispersaran, vendidas a vil precio, en todas direcciones, como los olorosos pétalos de las flores arrebatadas por el huracán. De seguro, pues, las generaciones venideras no podrán siquiera

decir:

Hic illius arma,
hic currus fuit.

Repara, patria mia, repara esta falta que mal de su grado te increpa el mas humilde de tus hijos.

II.

BABAHoyo.

¡Qué animada y pintoresca se presenta la ciudad de Babahoyo a lo largo de la orilla derecha de su cristalino río! ¡Cuán caprichosos y sorprendentes son los grupos en que los robustos labriegos de las tierras altas se confunden en diferentes actitudes con los esbeltos y ágiles jornaleros costeros de raza africana o de color. El sentimental yaraví, hijo de la melancolía de las mesetas andinas, contrasta con el alegre cantar de los habitantes de las llanuras de las costas, y al desgarrante sonido del rondador que se oye en las pajisas chozas de los indios de la encumbrada sierra, se unen las monótonas vibraciones de la marimba, a cuyo compás danzan sin descanso, a la sombra del verde follaje del plátano, los que han visto en estos bosques la primera luz.

Mas esta ciudad, agitada por el bullicio del tráfico durante la estación del cielo despejado y sol esplendente, se torna en taciturna, sombría y desolada cuando precipitándose desde lo alto de las montañas los rápidos to-

rrentes, a consecuencia de las lluvias, inundan las llanuras y sepultan en su seno la prodijiosa vegetación que las engalana.

Cubierta con el manto de la tempestad y medio sumergida en las aguas que la rodean, se parece al cadáver de una matrona flotando en pavoroso desgreño entre las ondas que le han privado de la vida en medio de los deleites de su lozana juventud. Los botes y canoas gobernados por niños vivaces y simpáticos, aunque endeble y descoloridos, se deslizan suavemente en las calles y plazas, y vienen a arriarse a los balcones, mientras hermosas mugeres de ojos negros y color moreno, reciben en el escalon mas alto de sus casas las visitas de las linfas que vienen a besarles humildes el leve pié y a invitarles a buscar en ellas la frescura que tanto desean.

Alerta! Las campanas tocan el fatídico rebato, las bombas vuelan sobre sus rechinantes ruedas estremeciendo los edificios. Fuego! fuego! gritan a porfía centenares de hom-

bres que acuden corriendo, con hachas unos, con escalas otros, y los mas sin instrumento alguno; las mugeres pálidas y trémulas se asoman a los balcones, mirando en torno de ellas como las palomas asustadas por los lejanos tiros del cazador, y la negra pupila de sus ojos es dilatada en su órbita por el terror como la oscura nube de la tempestad en el azul del cielo. Pronto se levanta en cierto punto una densa columna de humo en torno de una serie de llamas colosales que vuelan en aterrantes parábolas a multiplicarse en otras y otras habitaciones, causando en el horizonte un satánico esplendor. Las bombas despiden de sus grandes mangas, sostenidas por cien y cien brazos, inmensos penachos de agua que se cruzan por el aire y caen con aterrador ruido sobre los techos abrasados; los hacheros trepan por las escalas a lo alto de las casas, y luego aparecen medio desnudos, con el rostro siniestramente iluminado por el rojo color de las llamas, agitando a vuelo el cortante instrumento sobre las bigas encendidas; mil y mil voces discordantes en tiempo y vibración se convierten repentinamente en un solo ai! terrible, pavoroso. Qué es? Uno o mas hombres de hacha descienden junto con un grueso madero encendido que han logrado cortar, y caen hechos pedazos en el duro pavimento.

Sigue la lucha. De una parte el hombre valiéndose del agua y el acero, de la otra el fuego alentado por el viento y propagado sobre las alas de este en todas direcciones. Al fin el centro de la ciudad se ha convertido en una

especie de cráter de cuyo negro fondo se escapan por los intersticios de los fragmentos carbonizados diversas columnas de humo que mas arriba forman una sola formidable masa tenebrosa, y las llamas vencidas por los esfuerzos de los bomberos, se levantan aquí y allí débiles y agonizantes, hasta que al fin se esconden y aniquilan.

El hombre ha vencido a la naturaleza; pero en vez de los vivas y transportes de júbilo con que celebra en los campos de batalla el triunfo sobre sus hermanos, que yacen en tierra en trozos deformes y sangrientos, se vuelve a sus hogares fatigado y taciturno, con el semblante desfigurado por las contorciones espasmódicas del dolor, y a las veces con los ojos arrasados de lágrimas.

Qué espectáculo! El templo de Dios con sus torres, columnas y pórticos dorados; los edificios en que los ciudadanos constituidos en poder gobernaban en nombre de la lei; las suntuosas moradas de los ricos y los tugurios de los pobres, se han reducido a un solo montón de escombros y ceniza, en torno del cual vagan sollozando, ancianos mugeres, y niños, dados en un instante a los horrores de la miseria.

Solo tú, hermoso puente, has quedado inmóvil, lanzado atrevidamente en un solo arco colosal de la una a la otra orilla del ancho río, y continuas ostentando a los ojos sorprendido del viajero tus formas gigantescas para gloria del gobierno que ordenó que seas, y honra del hijo de Albion que ejecutó con maestría la volun-

dad del primero.
 Mas la noble hija de los Rios se levanta ya de la apagada hoguera, y sacudiendo de su purpúreo manto las cenizas que lo cubren, aparece de nuevo jóven y bella al soplo vivificante del progreso fundado en la paz, que ella ayudó a conquistar con la sangre de sus hijos; paz que no es ciertamente la de hierro, en la cual la virtud encadenada por el vicio padecía y callaba, y en la que la patria cansada de gemir buscaba un lenitivo a su dolor en el letargo del veneno que devoraba sus entrañas, miéntras la opresion, ebria de crímenes, reposaba tranquila en su lecho de rosas humedecidas con

las lágrimas del pueblo.
 Pero apártese de mi alma el ingrato recuerdo de ese tiempo que pasó como el turbio torrente de un volcan que no deja mas señales de su curso asolador que un largo trayecto de cieno humeante y fétido, y sigan deleitando mi mente las impresiones causadas por la sublimidad de los montes, la hermosura de los valles, lo pintorezco de los pueblos y lo misterioso de las selvas. Llegue a mis oidos la elevada armonía de la voz de los torrentes y el retumbar del trueno; dígame, en fin, la Historia algunos sucesos dignos de ella acaecidos en los lugares que voy a recorrer.

EL CHIMBORAZO.

III.

He ahí el coloso de los Andes, elevado como el pensamiento de Bolívar, majestuoso como la creacion todavia informe, surgiendo del caos al empuje del omnipotente brazo de Jehová

Sombrio y solitario, se parece al Satanás de Milton cuando en su descenso al infierno hizo alto en la tierra, y dirigió la palabra al sol con el lenguaje del remordimiento y la desesperacion.

Monarca de las montañas, contempla a sus plantas los picachos mas altos de la cordillera occidental, toca al cielo con su cabeza, y ostenta a la faz de una gran parte del pueblo ecuatoriano su nítido ropaje, en cuyos anchos y variados pliegues se hallan ca-

si desprendidas rocas de diversas figuras y tamaños, en ademán de lanzarse de un momento a otro en las profundidades del abismo.

Inmóvil en medio de la soledad, se presenta a cada paso a los ojos del espectador en actitudes y formas cada vez mas sorprendentes y sublimes.

Despejado como el firmamento en una tarde de verano, es un prisma incommensurable, cuyos lados refractando la luz del sol, se revisten de los brillantes colores del iris. Por su magnitud y hermosura se diria que es un nudo formado por los dedos del Altísimo para unir el Cielo con la Tierra.

Cúbrese luego con su manto gris y nebuloso, como para concentrarse en

el mismo y meditar tristemente en que algun dia debe desaparecer su corpulenta mole al soplo de la ira del Señor.

Oyense, en efecto, sus gemidos melancólicos y prolongados que vagan en el espacio en alas de los vientos, i resuenan en las cóncavas grutas de las inmediaciones. En su despecho sacude la encrespada cabellera, y arroja de ella millones de particulas de nieve, las cuales al pálido esplendor de un sol opaco, parecen otras tantas perlas descendiendo en vistosa lluvia sobre los campos circunvecinos.

Sus rugidos son entónces mas imponentes y continuos: ellos abruman el alma, sobrecogen el corazon, y hablan a la inteligencia con mas energía que todos los oradores y poetas que ha producido el globo en que habitamos.

Solo el que supo decir a las generaciones "Yo soi el que soi" es mas sublime en sus palabras que el titan americano en su lenguaje inarticulado.

Rasga de súbito el manto que le oculta a los ojos del viagero, y aparece tras un velo diáfano como el tul, para echar una mirada severa sobre sus dominios de plata. El sol, sin nubes interpuestas, ostenta toda su brillantez, y el silencio sucede al eco atrozador de los vientos.

Mas el "Rei de los Andes," como si estuviese celoso de compartir su imperio con el monarca del dia, o como si se enfadara de que este se atreviese a espiar sus misterios, llama así con nuevos bramidos a las lejanas nubes; ellas acuden con la rapidez del huracan, y le envuelven por todas par-

tes en sus densos vapores.

Concentrando de este modo todas sus fuerzas, se prepara a la lid y lanza en derredor sus falanges de nubes, las cuales se precipitan sucesivamente en espesas columnas, como rápidos torrentes, y luego ascienden al espacio formando fantásticas figuras: ya es un cóndor de gigantescas alas, duplicadas en la movible sombra que hacen en la plateada llanura del arenal; ya es una cadena de titanes en ademán de escalar el cielo, ya, en fin, una siere de montañas que rodando por el espacio, amenazan al mundo con su próxima caída.

Las parciales columnas forman despues en un solo cuerpo i, desplegándose majestuosamente en las regiones superiores, roban al sol de la vista del viagero, y dan al dia el aspecto sombrío del crepúsculo.

Se extienden luego sobre la elevada plataforma del monte, y a manera de un transparente velo; dejan ver de hito en hito al astro rei, que, despojado de su vivo esplendor, aparece pálido y melancólico, como la luna en la mitad de una noche de invierno.

Entre tanto el gigante de las montañas comienza a despejarse por su base, y su cabellera de nubes le asciende por la espalda a la cima en marejadas semejantes a las de la mar enfurecida; le cae luego sobre la frente, como las frenéticas y espumantes aguas de una catarata, y se esparce al fin graciosamente sobre los hombros en brillantes y caprichosos rizos. La antigüedad le habria tomado por Neptuno aderezando su cabello, descompuesto por la furia de las tormentas, para

asistir al banquete de los dioses.

Torna a esconderse tras el negro pabellon que le rodea, y con su aliento de hielo estremece las acémilas que con las orejas tendidas hácia atras, el cuello prolongado y el ojo moribundo marchan con paso vacilante, manifestando con tristes quejidos su fatiga y abatimienio.

Fuera del silvido de los vientos y del susurro de varios riachuelos que se deslizan por entre los peñascos, se oye alguna vez el penetrante grito de un arriero. Falto de abrigo y de aliento, marcha el infeliz con la planta desnuda sobre la escarcha y la nieve, conduciendo algunos cereales y unos cuantos cestos de pan, amasados con sus lágrimas, a trueque de una ganancia mezquina e incierta.

El area inmensa dominada por el Chimborazo, se halla en lo bajo de su parte occidental, llena de matorrales de paja, en medio de los cuales se ven de cuando en cuando algunas flores amarillas, y rara vez uno que otro árbol enano y poco frondoso, inclinado sobre las pendientes de los despeñaderos. Estas plantas cubiertas de nieve, ofrecen por varias leguas el aspecto de una vegetacion artificial, cuyos troncos, ramas, hojas y flores parecen de bruñida plata.

Mas arriba, la vida vegetal desaparece, y una llanura de arena muerta con su gran alfombra de cristal encanta con su hermosura, y hace un espléndido

contraste con los campos de esmeralda y oro que se divisan allá en lontananza por la parte oriental.

Al costado de la cuesta que conduce al arenal se halla una elevada galeria con enormes peñascos volados sobre el camino. En ella se ven de trecho en trecho algunos hombres rendidos por el cansancio y la in temperie, en grupos mas o ménos caprichosos.

Por mitigar los rigores del hielo ha atado la cabeza con un chal, a manera de turbante, y se han envuelto en sus grandes ponchos rojos salpicados de nieve, o medio enterrados en ella: sus miradas lúgubres y penetrantes, y sus fisonomías adustas y concentradas revelan la melancolía del desconsuelo y la amargura de la desesperacion. ¡Ah Miguel de Santiago! si en este momento pudieseis desde la eternidad confiarme vuestro magnífico pincel, el cuadro seria indudablemente digno de vuestro renombre.

Con pesar dejo el grande espectáculo del Chimborazo: él ha arrebatado mi espíritu a las regiones de lo infinito, y ha suspendido, por algunos momentos, en mis labios el cáliz del dolor que el destino me hace apurar en todos los instantes de mi existencia. Quiera la fortuna que ántes de bajar a la tumba vuelva yo a encontrarle en medio de frenetico furor que ahora le agita. Solo entonces ostenta toda su magnificencia, y es para el alma un manantial inagotable de sublimes inspiraciones.

IV.

RIOBAMBA.

En vano buscarian mis ojos a la opulenta Riobamba coronada de altas torres, en este humilde sitio en que el indígena pobre y desvalido ha construido sus cabañas sobre montones de ruinas: ella pasó como el nido del colibrí asentado sobre las rámas de un árbol que va a ser arrebatado por el torbellino. Al compas de la zampoña pastoril o de los tristes gemidos que la mano del Labrador arranca a las envejecidas cuerdas de una harpa destrozada, giran en alegre danza los descendientes de los antiguos pobladores del Puruá sobre el húmedo suelo bajo del cual yácen reducidos a polvillo los suntuosos salones en que las nobles matronas de Riobamba festejaban sus bodas en espléndidos festines, o lloraban a sus deudos con la lúgubre pompa con que ostenta su duelo la vanidad de la riqueza; magníficos templos de granito estan sepultados en sus escombros, y una grande colina cubre con su pesada mole una parte no pequeña de la ántes festiva poblacion.

Los nietos de los que, confusos de sentir aun dentro del oprimido pecho la llama de la vida, salvaron milagrosamente de entre las ruinas, se hallan allá a lo léjos acampados en bajas barracas, mas o ménos bellas, en medio de una llanura árida y despacible, en la cual sus mayores sentaron sus reales con la vana idea de evitar los estragos de la naturaleza, situándose no solo

léjos de las cumbres nevadas que en ancho anfiteatro circundan el valle elejido, sino tambien de los suaves declivios de las verdes colinas.

Hijos de las lágrimas y del terror, los actuales moradores de Riobamba pasan su vida en la indiferencia y el aislamiento, sin que sus ingenios osen elevarse al Parnaso en majestuoso vuelo, ni doblegarse a cultivar con esmero el campo de las ciencias y las artes. Ya no resuenan, pues, en sus moradas y liceos los festivos versos de Herboso, ni parte de las faldas del excelso monte en atrevido vuelo el genio poético de Oroscó para dejar oír allá entre los pirineos los rosbustos aceros de la épica trompa, ni hai quien intente dar un paso en la gloriosa senda recorrida por Maldonado, fúlgido faro puesto por la mano de la ciencia en medio de las tinieblas de la ignorancia que en el pasado siglo envolvian el suelo ecuatoriano.

Despertad, pues, de vuestro letargo, jóvenes del soberbio Chimborazo, alzad la inteligente cabeza, mirad los encantos de vuestro cielo sin par, templad de nuevo las empolvadas liras y hacedlas resonar como lo hacian vuestros mayores; iniciaos en los misterios de la astronomía, la agricultura y la mecánica; llamad en vuestro auxilio el agua y el vapor, y crujan en vuestros ántes industriosos pueblos las máquinas productoras de nobles artefactos.

tos. ¿Temeis la falta de consumo? Os engaños; como la hermosa estela que un velero bajel deja en pos de sí sobre las olas encrespadas por los vientos, se descuelga desde las faldas del Pichincha la ancha y extensa carretera, y sigue su camino serpeando en suave ondulacion sobre las espaldas de los Andes entre verdes colinas, hondos valles, y encumbradas crestas, sin que sean parte a detenerla barrancos, torrentes, rocas calcinadas ni precipicios de movible arena. Pronto descenderá en imponente majestad de la region del hielo a los bosques ardientes de la costa, y llegada a su destino verá rodar sobre ella en ruedas voladoras el genio del comercio, esparciendo en todo su trayecto, la vida, la abundancia y la civilizacion. ¡Loor eterno al insigne varon que osó el primero abatir con mano vigorosa la indómita cerviz de las montañas de la patria, obligándolas a dar fácil paso a la industria que siempre desdeña poner el pié en los senderos estrechos y resbaladizos por donde transita la barbarie. La posteridad le erigirá un monumento digno de su gloria, y el rei de los Andes inclinará "la árdua frente" no ya al vencedor de un ejército, sinó al de los obstáculos de la misma naturaleza, y verá pasar por sus faldas, no a quien tuvo la cien ceñida de sangriento laurel, sinó al genio engalanado

con la esplendente túnica del progreso. Y tú tambien, hermosa Cuenca, te verás libre de las trabas que se oponen al desarrollo de tu riqueza y a engrandecimiento de las comarcas en que campeas como reina. Aunque quedas distante del caminó que me conduce a mi hogar, debo tributar desde las llanuras del Chimborazo un homenaje de mi admiración; pues me jóven aun, recliné en tu regazo mi cabeza agitada por la amargura del pesar; desde una de tus colinas te contemplé asentada a nivel como un campamento de reyes en medio de jardines; respiré en tus penciles el aroma de las flores; me sumergí en los cristales de tus rios, vi en los salones a tus amables huries, y en tus fiestas el espeso oleaje de tu pueblo vestido de color uniforme y oscuro. Así, aun cuando no fueras una de las mas bellas porciones de mi patria, hariavotos por tu prosperidad, reconoceria con satisfaccion que nuestra historia une tu nombre a fúnebre crespon a los gloriosos triunfos de la ciencia de que las blancas pirámides de Caraburo y Oyambunos dan testimonio, basta que seas ilustre cuna de Solano para que de parezca el baldon con que te añoraron algunos de tus hijos en tiempos de ignorancia.

EL ALTAR.



Arrojaré una mirada sobre la montaña del Altar y descifraré los sublimes geroglíficos trazados sobre sus rocas diamantinas por la mano del tiempo.

¡Ruinas de Atenas y de Roma! ¿Que sois vosotras ante los elevados restos de la naturaleza conmovida?—Humildes partículas de polvo destinadas a representar en el oscuro horizonte de lo pasado grupos confusos de seres humanos sepultándose con sus vicios, sus locuras y sus escasas virtudes en la noche de la eternidad.

¡Las columnas de Phocas y de Trajano, inmóviles a pesar del embate de dos mil años, pueden acaso compararse con las dos pirámides coronadas de nieve que se elevan desde las extremidades del Altar, hasta perderse en el espacio azul?

¡Los chapiteles y escalones de mármol que rotos y confundidos señalan al viajero el lugar donde solia resonar la poderosa voz de Marco Tulio, significan algo comparados con los sublimes fragmentos de granito, testigos del airado acento de Jehová, repercutido en la soledad por el rugido del huracan, el retumbar del trueno y el ruido de las aguas desencadenadas un dia por la cólera del cielo para castigo del mundo?.....Hablad, monumentos erigidos por los hijos de Adan, ¿cuál es vuestro destino en medio de las generaciones que pasan delante de vosotros como las olas agitadas de la mar?

Os comprendo: quereis hacer eterna la memoria de ciertos hombres que brillaron en la noche de los tiempos como la breve luz de las luciérnagas para apagarse como estas en el oscuro fango en que nacieron. Cumplid, pues, vuestro destino ántes que plazca al Ser por excelencia confundiros con la nada, que yo, olvidado de vosotros y de mí mismo, contemplo absorto las majestuosas ruinas del "Altar."

Los ecos repiten en medio de los salones solitarios formados por inmensas moles de pedernal un nombre apenas articulado, y este nombre es lo único que atestigua la pasada magnificencia del Altar. ¡Oh montaña querida, sublime en tu abatimiento como en los tiempos de tu gloria! Dichosos los que te vieron en los dias de tu grandeza! Tu corona de diamante se elevaba quizá sobre las regiones del rayo, como la austera virtud sobre las tempestades del vicio.

En vano agitaría el Cóndor las silvadoras alas para posar un instante sobre tu augusta cabeza; en vano las nubes conmovidas se esforzarian por eclipsar el resplandor de tu frente; y en vano el actual monarca de los Andes pretenderia mirarte de igual a igual, al medir su corpulenta mole, bosquejada sobre las tersas y brillantes aguas del Pacífico. En medio de una atmósfera siempre luminosa, verias acaso al dia huyento despavorido a presencia del genio de

las tormentas, y a la apacible noche cerrar antes de tiempo los ojos de la naturaleza maltratada, para arrullarla cariñosa en su tranquilo seno. Hoy tu plateada cima, reducida a pesados fragmentos, hace entrever un abismo sin fondo, rodeado de peñascos que amenazan con su caída a las vecinas comarcas; y sin embargo te alzas con orgullo sobre los picachos que te circundan, y ostentas tus deslumbrantes perfiles en una curva en cien partes hendida, al solo amago del brazo del Altísimo.

Sea que el Sol te vista con el nítido resplandor del medio día, o con la desmayada luz de la tarde; sea que el adusto invierno se siente sobre tus rocas a gemir con el viento glacial de las alturas, tu belleza me sorprende, tu majestad me enajena.

¿Quién podrá igualarse a tí en esas noches apacibles en que se deja ver el astro de la melancolía al traves de ese arco infinito que sustentas sobre tus hombros como un monumento erigido por la tierra para dar paso a la eternidad ataviada con los despojos del vencido tiempo? Plácida como el sueño de la inocencia, recibes cubierta con tu mano de gala a la reina del firmamento que parece detenerse sobre tu cima para meditar en tus ruinas. ¡Oh Luna! revélame por piedad lo que te dice el silencio de la montaña; tal vez él te refiere lo que pasaba en estos contornos allá en los confines de los siglos que fueron. Puede ser que en los yerros campos que domina el Altar se haya oído en épocas remotas el sordo murmullo de ciudades populosas. Páreceme que miro al pie del exelso

monte a la vil codicia extendiendo una mano engañadora al angustiado padre de familia para sepultarle después en los pavorosos antros de la miseria; a la sedienta ambición subiendo al trono por escalones de sangre, y al amor iluso degradándose en brazos de la torpeza. Mas lejos de esto, quizá nunca la planta del hombre imprimió sus huellas en los collados melancólicos que se presentan a mi vista! Antes como ahora, el bramido del torrente y el retumbar del trueno se habrán unido en sublime armonía al susurro del arroyo y al suspirar de la brisa que juega con las flores amarillas del desierto.

El delirio que atormenta a las cascadas, las furias que desatan las cadenas de las borrascas aprisionadas entre las nubes, los vientos que gimen entre la silvante paja, y la augusta soledad cortejada por el silencio y la melancolía, habrían sido, como son hasta el día, los únicos habitantes de esos palacios de bruñida plata, formados por los eternos hielos de la destruzada montaña.

Mas ¿Que te importa ¡Oh Altar de la presencia del vulgo de los hombres si todo lo bello, lo grande, lo majestuoso y lo sublime encierras en tí mismo! Sobre tu cima desgarrada aparecen las estrellas pendientes del azul infinito del espacio, y las estrellas son "la poesía del cielo" y para los amantes, las imágenes preciosas de los ojos seductores de la mujer idolatrada. Los suaves destellos de la aurora alumbran tu alba frente, antes que el melodioso canario rio la salud con sus trinos desde lo alto de las palmeras; el sol te comunico

su pompa y brillantez, y el crepúsculo de la tarde esos tintes vagos como los pensamientos de la infancia, pálidos como la luz de la luna al sumergirse en el ocaso.

Y si el trueno recorre retumbante los dilatados bastiones de tus ruinas; si las nubes acuden a tu contorno y se apiñan enlutadas sobre tí; si el relampago te ilumina y rápido se esconde detrás de los negros pabellones de la tormenta; si el rayo, serpenteando sobre las tinieblas que te rodean traza en ellas, con caracteres de fuego, el nombre Jeohová, y si tu amenazante mole retiembla sacudida por sus cimientos al ímpetu del trueno. . . . Ah! entonces las sublimes poesías de Dante

Ossian, Byron, y Goethe, aparecen delante de la tuya, como la ténue luz de las estrellas comparada con los esplendores del Sol al medío día. . . .

La voz del deber me aleja de tí, montaña encantadora, y me obliga a lanzarme de nuevo en el torrente de la sociedad que envolviéndome en sus amargas ondas, me empuja de escollo en escollo, hasta estrellarme en breve en las puertas del sepulcro. Allí mis huesos se confundirán con el polvo del olvido, y tú continuarás siendo el templo augusto de la creación, el verdadero altar en que la naturaleza arrodillada se ofrecerá al Señor en holocausto para aplacar su enojo en el último de los días.

VI.

HUACHI.

Mi caballo fatigado por el sol pisa una llanura extensa y árida, cubierta de muerta arena que en torbellinos de polvo se eleva al ímpetu de los hedados vientos del Chimborazo: ni una sola flor decora este ingrato suelo, y en uno que otro sitio se descubre la pintada frutilla medio oculta entre la verdura de sus humildes matas, desese este fenómeno a los esfuerzos del hombre empeñado en obligar a la naturaleza a producir lo que él desea. Y como se llama este que parece desierto en medio de vistosas y fértiles comarcas? Ah! es Huachi, campo de maldición, en que

por dos veces el leon de la Iberia desgarró los gloriosos pendones de la independencia de mi patria. Detras de esas cercas aferradas con hondas raices a lo íntimo del suelo, los hijos de la libertad tienden a una los brillantes fusiles, su ojo rutilante de valor y entusiasmo lanza con la rapidez del relampago una visual que pasando por encima del acerado cañon va aparar en la línea de batalla de las huestes españolas; estas avanzan a la carga en espesos escuadrones, al son de las trompetas y al relinchar de los caballos que unidos y briosos salvan, estremeciendo la tierra, la distancia que los se-

para de las bayonetas de su enemigo, y echando a la cara de este una nube de polvo en que va envuelto el exterminio, circundan y estrechan en todas direcciones a la infantería patricia. Oyense sucesivas descargas de fusil; el aire se conmueve con el estampido de cañon, silvan las balas, el humo se confunde con la polvareda; el grito de guerra resuena por todas partes, y el choque de las armas blancas se inicia, redobla y multiplica. Despéjase la atmósfera, el suelo, está enrojecido de sangre y cubierto de cadáveres; los heridos levantan apénas la cabeza o se esfuerzan en vendarse los huesos destrozados. El pabellon de Pizarro flamea vencedor, y la causa santa de la independencia ha sufrido un golpe rudo y sangriento; millares de ciudadanos, una hora ántes llenos de vida y esperanza, se han convertido en cuerpos mutilados y exánimes; tendidos aquí y allí en la arena de Huachi. ¿Y quienes son? Ai! nadie lo averigua; sus nombres han quedado sepultados como sus cenizas en el asiago arenal; su sangre ha corrido a hilo en cruento sacrificio; la luz de sus ojos se ha apagado para no volver a ellos sino el último de los días; sus esposas rodeadas de sus hijos lloran de dolor, y lloran tambien de hambre. Han sido estos consolados? han sido socorridos?... Mas donde está el tigre cebado en la

sangre de los hijos de Riobamba, el monstruo para quien eran deliciosos los ayes del dolor y dulces las lágrimas de la horfandad, el infernal Payol? ¿Y donde estan otros y otros tan sanguinarios y crueles como él? Oh! tambien ellos han sido segados por la guadaña de la muerte: la zizana ha sido cortada junto con el trigo, y los lobos, heridos por el rayo del Dios de la justicia, yacen en medio de los corderos que han degollado.

Sucre, el guerrero destinado a secundar a Bolívar en la obra colosal de emancipar a Colombia, Perú y Bolivia de la esclavitud que sobre ellas pesaba, se aleja del campo de batalla con el corazon henchido de amargura. Tiene la conciencia de haber cumplido su deber, dejando arruinado al vencedor; pero su frente que todas las veces se mostró altiva y radiante en el peligro, se inclina ahora abatida y sombría ante la idea atormentadora de que la patria y el caudillo colombiano le achaquen la derrota. Ah! No sabe que Pichincha y Ayacucho describen en breve el caido telon de triunfos de la patria y le presentarán a los ojos de la Historia como el héroe a quien Bolívar "prestó su rayo en el Perú, y como

" El jóven animoso
 " A quien del Ecuador montes y rios
 " Dos veces aclamaron victoriosos.

AMBATO.

Oigo a lo léjos el ruido majestuoso de las aguas que suelen serpear sobre las mesetas de los Andes para luego abrirse paso entre los montes en busca de su final destino que es el mar, como el cielo lo es de los humanos orbes que atraviesan la tierra por su cauce de lágrimas abierto entre los arzales de la tribulacion. La lluvia de Huachi ha terminado, y repentinamente aparece en un hondo valle la ciudad de Ambato. En sus contornos se elevan, rodeados de una atmósfera tibia y despejada esbeltos sauces, cuyo verde ramaje se mueve en tanto vaiven al soplo de la brisa embalsamada con la fragancia de innumerales flores.

Poco mas abajo que la pintoresca poblacion corre en una curva de plata un hermoso rio entre vegas cubiertas de árboles frutales, que si bien, en cuanto al desarrollo de sus frutos, se resienten en ageno clima de su origen europeo, ganan por otra parte en suavidad y dulzura bajo los rayos del sol de la zona tórrida, mitigados al atravesar la atmósfera refrescada por los rios de los nevados circunvecinos. Allí en esas frescas vegas, en medio de caprichosos bosquecillos de peros, manzanas y duraznos, en los cuales junto a los frutos ya-sazonados se ven entreabrirse olorosas las flores, se reúnen pequeños grupos de amigos o de familias a buscar en los encantos de tan

apacibles sitios el solaz de que el hombre condenado a la agitacion del trabajo, necesita para olvidar un momento sus pesares y dar algun respiro a su oprimido corazon. Allí al susurro de la brisa, al ruido vago y armonioso de las ramas de los árboles movidos por el viento; al murmullo de los arroyos que riegan las campiñas, y a esa música sin nombre de los torrentes que ruedan sobre causes pedregosos y poco inclinados, se junta la dulce melodía de la voz humana, realzada por los mágicos trinos del harpa o el animado son de la guitarra; allí la madre de familia insta a su esposo distraido. que fije la atencion en el afan con que sus hijuelos corren jadeantes y llenos de alegría tras las juguetonas mariposas que posan sobre las flores y al ver que aquellos extienden las blancas manecillas para cautivarlas, alzan el blando vuelo y van a sentarse mas allá, para luego volver a burlarse una y mil veces de los candorosos esfuerzos de sus amables perseguidores; allí los ojos picarnejos, o amorosos y tiernos, de las hijas de Ambato incendian con frecuencia el corazon de los que a ellas se acercan y logran que se les rindan como esposos; allí, quizá, se repite tambien el trágico suceso de París y Elena, dando lugar despues a lágrimas de arrepentimiento, de expiacion o de venganza, y allí, finalmente, se avivan a las veces los odios y rencores

que por desgracia imperan hoy en esa deliciosa comarca, dividiendo a las familias y envenenando ese aire perfumado con los suaves olores de los azahares y madre selvas. ¿Y qué! ¿no hai en esa tierra un patricio generoso que persuada a los habitantes de ella a dejar el sendero espinoso de las mutuas odiosidades que conduce a la amarga esterilidad de la miseria y la postracion? ¿No hai algun buen ciudadano que les convenza de que la felicidad es planta exótica en el campo de las reñeillas, y que solo se aclimata y prospera en el florido campo

de la concordia? Oh! si los ha de haber: la plácida comarca entre cuyas verdes arboledas resuena de cuando en cuando una de las liras mas melodiosas que se han oido en los altos valles de los Andes, y la pequeña ciudad en que nació el primero que en lenguaje castizo y armonioso y estile fluido y ameno, ha narrado con imparcialidad y recto juicio la historia de la patria, deben, sin duda, abrigar en su seno corazones a propósito para la obra grandiosa de la union de los nobles hijos del Tunguragua, por cual hago los mas fervientes votos.

VIII.

BAÑOS.

Vuelvo a contemplar otro de los erguidos montes que decoran el admirable panorama de estas comarcas. Allí está el Tunguragua como un inmenso cono del color de la noche, coronado de refulgente nieve. El viento glacial de las alturas bate en su cima las resonantes alas, y las nubes se ciernen en majestuoso vuelo sobre rocas desgarradas. Al pié y en torno del coloso innumerables pedrones calcinados e irregulares yacen en macisos promontorios, como si la tierra, minada en su centro, hubiese sido volada en pesados fragmentos y formado una sobrehaz de ruinas y de luto.

¿Que contraste el de este campo de escombros pavorosos con la parte mas baja de la elevada montaña, en la cual campean las palmas del Nilo

y los cedros de Libano en medio de una vegetacion exuberante y lozana! Arriba, frio sempiterno, esterilidad, muerte; abajo, ambiente delicioso, suelo florido, aves parleras, calor, vida. Allí el condor solitario yendo a posar en silencio sobre un peñon destacado en la soledad, como un titán envuelto en brumas y sombras; acá, entre espesos y verdematorrales el tigre rampante dilatando las encendidas pupilas, enarcando el lomo, batiendo la cola a un y otro costado, y llenando de espanto a los otros animales del bosque con terribles rugidos. En lo alto, truenos de hielo que ruedan a saltos entre negros precipicios; en lo bajo, árboles corpulentos que tambalean caen con estrépito al golpe del hacha.

manejada por el leñador; cerca de la cima, el musgo pegado a las piedras humedecidas con la niebla; al pié, la cañamiel rindiendo el dulce jugo entre las mazas de bronce movidas por robustos bueyes o por ruedas agitadas por torrentes de agua cristalina.

¿Cuan severa e imponente se muestra la naturaleza en esta solitaria comarca! el alma concentrada en sí misma se eleva y engrandece en medio de los objetos estraños pero sublimes que la rodean. La erguida frente de la cordillera se ha hundido como si sobre ella hubiera descargado Dios el rayo de su cólera para hacerlo vibrar en el abismo. El torrente atromador del Agoyan, estrechado entre dos altas murallas de una sola piedra negra y pulida, reumbra en el cóncavo valle, y después de recorrer un gran trecho de un camino oscuro y tortuoso, precipita de súbito en una abra mucho mas baja su mole espesa y reluciente, estremeciéndose sin cesar el antroavoroso en que se agitan frenéticas delirantes en anchos remolinos las aguas abrumadoras, que luego se elevan en diáfana neblina y vuelven a descender en gotas purpúreas o de color del topacio desde el iris formado en lo alto de la cascada. Allí sería envuelta en brumas y vapores no se imagina que empapada en el sudor de la agonía, hace inauditos esfuerzos por librarse de sí misma.

A uno y otro lado de la catarata, grandes peñascos medio desquiciados inclinan sobre el hondo cau-

ce del rio sus gigantescos árboles, los cuales parece que miran asombrados el descenso estrepitoso, rápido y perenne de la cristalina mole y su eterna ebullicion. Tambien mis ojos están fijos en ella; el corazon se me salta dentro del pecho, mi entendimiento no piensa no discurre, pero se fatiga y alternativamente se enaltece y se anonada; la imaginacion sin fuerza para volar, se hincha como la mar, y luego se ofusca y desfallece; la memoria. . . . ¿Pero quien está para mirar hacia atras ni para acordarse de sí mismo: al tener a la vista una cascada? . . . Separaréme de este sitio; me es necesario descansar; siento necesidad de volver a ser hombre, de sacudir el peso que gravita sobre las facultades de mi espíritu. Ahora reflexionaré ¿Es terror lo que se siente a presencia de la catarata? Pero entonces ¿cómo es que he necesitado para separarme de ella entrar en lucha con mi voluntad? Y si ha sido el sentimiento de lo sublime ¿cómo en vez de elevarme en éxtasis divino, he dado inquieto y sobresaltado un paso atras al descubrir la refulgente masa? No ha sido tampoco la sensacion de lo bello; porque la plácida emocion que este origina, está lejos de producirse por el vértigo de las aguas despenadas que estremecen la soledad con su voz de trueno y su agitacion infernal.

El alma atónita en presencia de la catarata, no tanto concibe la idea de la inmensidad de Dios que se bosqueja en la del mar, ni la de la altura de su trono y poder de su aliento divino que las montañas revelan al esconder su diamantina frente en la etérea region:

Dios, no hai duda, es lo primero que ocurre a la inteligencia agobiada con el peso abrumador de la fúlgida columna; pero Dios en medio de las tinieblas del caos; Dios oculto detras de las sombras de la tempestad; Dios misterioso,

IX.

LATACUNGA.

Estoi otra vez en medio del hacimiento de moradas que forman una poblacion; otra vez me rodea la atmósfera sofocante de las humanas pasiones, y me asombra el contraste de las escenas que a cada instante se efectuan en derredor de mí. Junto a las lágrimas del desconsuelo, la plácida sonrisa de la esperanza; al lado de la viuda que llora la muerte del esposo, la novia que celebra sus bodas, y no léjos del féretro que encierra el cadáver de un anciano, se mece la cuna de un niño que comienza a vivir; allí en la báquica algazara de un festin se mueven en ágil danza damas y caballeros; y mas allá, a la trémula luz de una lámpara colocada sobre el altar, varias mujeres piadosas, con los ojos enclavados en la santa efigie de Jesus, piden a Dios por el pueblo que se divierte y peca.

Con estos caractéres morales de toda ciudad, guarda estrecha armonía el aspecto de la poblacion de Latacunga. Así, contiguas a pobres chozas de envejecida cubierta, se elevan no pocas veces casas de cal y piedra sorprendentes por su buen gusto arquitectónico; y

repugnantes zahurdas se recuestan a losoros jardines. No faltan en las plazas esbeltas fuentes en que salta el agua formando cristalinos penachos, ni deja de admirarse aquí y allí bellos puentes o cúpulas de hermosos templos; y si embargo, todo está bañado de cierta vaga tristeza que acongoja el alma enciende en el corazon del forastero deseo de alejarse cuanto ántes de misteriosa ciudad.

Es hora avanzada de la noche; las negras nubes que cubren el espacio van rasgándose en distintos puntos, y dejan entrever poco a poco un cielo limpio y trasparente, tachonado de estrellas hasta que vuelan en pequeños grupos y acaban por ser dispersadas en la bóveda celeste, como se desvanecen de la tristeza que suelen vagar sobre la nítida frente de una mujer hermosa y feliz. La luna derrama su luz sobre las nevadas cumbres de las montañas, platea el agua que duerme en las fuentes que decoran la ciudad. Víctima de las convulsiones de la naturaleza, melancólica y destrozada, presenta, no obstante, a la tierra una faz tranquila y

eterno, incomprensible! y el hombre tímido, receloso, ofuscado y tocando los objetos de un suave resplandor que conmueve la y anima. No de otra manera la madre traspasada de dolor dirige en medio de su afliccion una mirada plácida y amorosa al niño que vela adolorido y moribundo en su regazo y le acaricia una sonrisa de consuelo. . . . De repente se oye un bramido que se dice aterrador por las cavernas subterráneas. Sobre la cima del Cotopaxi parece una gruesa columna de fuego muerta de un humo espeso y azulado que se mueve rápidamente hasta esconder en el espacio su encrespado chapitel, luego inclinándose al opuesto horizonte toma la forma de un penacho colosal, y al fin se extiende como una densa nube precursora de tempestad. Que espectáculo! la imponente montaña destacada desde la tierra como un bastion destinado a hacer la guerra a las regiones superiores; el igneo penacho que chorrea al torno del monte sus hebras encendidas, las cuales descienden en seguida rasgando los tortuosos pliegues de la negra noche en forma de riachuelos del color rojo rayo que serpea en medio de las tinieblas de la noche; la faz de la luna pálida a causa del humo del volcán que la cubre como un velo de cresta; todo es admirable, todo encantado. El Tunguragua el Chimborazo i el Cotopaxi parecen que contemplan silenciosamente la hórrida sublimidad del Cotopaxi, Laconte luchando en vano

con las angustias de la desesperación. Toda la naturaleza vela; solo el hombre duerme en esta hora solemne y amenazante ¿Volverá a despertarse? Dios lo sabe.

En esta comarca en que las flores exhalan tranquilamente sus aromas sobre un suelo frecuentemente sacudido por la violencia de los terremotos, respiró por primera vez el hombre a quien cupo la gloria de dar desde la tumba su nombre venerando a la provincia que ántes llevaba el del coloso que vomita en ella llamas y cenizas; justo homenaje tributado mas bien al que edifica que al que destruye; al que aclara con la luz de la benevolencia, que al que ilumina con la lumbre de la ira, a quien refrigerara la sed del espíritu con el puro raudal de la ciencia, y no al que vela las entrañas del hombre con el pavor de la muerte. Mas encumbrado está, en efecto, por la verdadera filosofia, el humilde báculo de Vicente de Paul que la cortante espada de Alejandro, la mano caritativa de Peabody enjugando las lágrimas de la miseria, que la bota granadera de Bonaparte "haciendo su pedestal del cuello de los reyes," Leon mandando erigir su hermoso liceo en las desgarradas faldas del Cotopaxi, al tocar en el umbral resbaladizo del sepulcro, que Cortéz, ordenando el incendio de sus naves al dar su primer paso de conquistador en las auríferas comarcas del imperio mejicano.



X.

QUITO.

Pronto llegará el instante de ver una vez mas a la hermosa Quito, ciudad de eterna sonrisa en medio de las convulsiones de su suelo, ciudad idolatrada en que se asentó la cuna de Mejía, el O'Connel americano, como el nido del cóndor, oculto entre los altos picos que la rodean, y que talvez la guardan de los trastornos que causa en ella el ente misterioso que desde las tenebrosas cavernas subterráneas se recrea en volcar las colosales montañas, como un niño que juega con bolillas de barro.

Ya está a la vista, semejante a una blanca paloma medio oculta entre las flores del mirto que crece al borde de las pendientes. Sus cúpulas de esmeralda y sus elevados campanarios se asoman en medio de las escarpas del Pichincha, gigante colosal que arrulla en su regazo a su hija predilecta, escondiendo de ella la centellante cimera, como lo hacia el héroe troyano al tomar en sus brazos al niño recostado en el seno de su adorada esposa.

¡Cuán risueña y encantadora es la campiña que la rodea! Verdes praderas, cubiertas de mugiente ganado y serpeadas por limpidos arroyos; olorosos jardines y floridos bosquetes puestos a las márgenes de rios cristalinos, en cuyas aguas se reproducen el blando movimiento del esbelto sauce, el plácido vuelo de las aéreas garzas,

y aun los colores vivos y brillantes del diminuto colibrí, que es entre las aves del cielo lo que el lindo madrigal entre las fantásticas creaciones de la poesía realzan, finalmente, el magnífico cuadro en ancho semicírculo el Cotacachi, pirámide glacial, erigida por la naturaleza sobre las osamentas de los que en torno de él han sido sepultados por el furor de los terremotos; el Cayambe, extenso bastion de bruñido diamante; el Antizana sombrío y desgarrado, y el Cotopaxi atormentado, como el arcángel caído, por el eterno fuego que devora sus entrañas.

En el centro de este soberbio panorama brilla, cual estrella solitaria, la pintoresca corte de los Sciry's; hermosa capital, a quien Huaina-Capac moribundo legó su heróico coron; la reina de las ciudades andinas desde que el brazo de Atahualpa y su hijo, venció a la altiva Cuzco; el altar en fin,alzada sobre los montes, en que corrió en holocausto la primera sangre destinada a fecundar el árbol secular de la independencia sud-americana.

Mas ya no se ve sobre la cima de Yavirá el templo de oro en que resplandecía la imagen del padre de la patria; sus doce pilastras han desaparecido derribadas por la codicia, mas cruel que el terremoto y mas destructora que la veloz planta del tiempo. En ese sagrado

lugar el tardo buey arrastra hoy con lento paso la luciente reja y prepara a tierra para recibir la menuda simiente de la amarilla mies, desconocida por el pueblo que adoraba al astro vivificador.

¿Y quien podrá decirme donde está el lugar en que la indiscreta sonrisa de una jóven indiana fue la causa inocente de que la espada de un feroz soldado inundase en sangre el profanado pavimento de las vírgenes del sol?

Quien me señalará el sitio en que se levó la primera llama que multiplicada en otras mil redujo a la opulenta Quito a un campo de ceniza? Aquí tambien la misma historia de víctimas e incendios, mil veces ocurridos en toda la sobrehaz de la tierra-Neron, o Robespierre, Bóves o Rumi; jahui, ¿qué importa el nombre? ¿No son acaso diversas personificaciones del genio del mal recorriendo el mundo en alas del crimen sobre la consagrada humanidad?

Pero si de la idólatra ciudad no ha quedado piedra sobre piedra, ella se ha vuelto a levantar cristiana y civilizada del polvo de la muerte, y es hoy a Atenas de mi patria. En su recinto a divinidad es adorada en templos dignos de la pompa católica, y en los santuarios que ha dedicado al Señor, brillan con profusion oro, esmeraldas, opacios y rubíes.

A sus liceos concurre la juventud sedienta de saber; y el escaso arroyo de la ciencia que ayer no mas era absorbido desde su origen por el estéril arenal que le rodeaba, hoy, gracias al genio del actual caudillo ecuatoriano,

aumenta a cada paso su fúlgido caudal hasta que entra en el pozo insondable a cuyo borde se sienta la sabiduría iluminada por el espíritu de Dios.

La hermosa plaza en que ántes hacia el pueblo quiteño a un tiempo de espectador y de torero en el espectáculo sangriento que tanto embeleza a España, nuestra madre, es hoy un ameno jardin en el cual se entretienen los patriotas en amistosas pláticas sobre la suerte de la República, y se oyen las brillantes notas de la música marcial que resuena entre sauces, geráneos y rosales.

A sus baños pintorescos a las orillas del Machángara, o en el centro de la poblacion, acuden las amables hijas del Pichincha, de tez sonrosada, boca divina y ojos que arrojan dardos que van derecho al corazon. Quién les resiste?...

Suntuosos edificios reciben en su recinto a la humanidad doliente y miserable, la cual es asistida con esmero por las Hermanas de la caridad, ángeles de amor y de consuelo, fragantes azueenas que no nacen fuera de los sagrados pensiles del catolicismo.

De sus talleres salen el leño y el granito convertidos en sublimes estatuas, y el humilde lienzo en cuadros animados por el pincel del genio.

Raudales de célica armonía fluyen del local que ha sido recientemente destinado a escudriñar los misteriosos encantos de la música.

Solo la divina hija de Melpómene no tiene aquí donde reclinar la cabeza; y la juventud quiteña se cubre de rubor cuando la celeste peregrina fatigada y

jadeante toca a las puertas de la ciudad.

Y el pueblo de Quito, privado del bárbaro placer de aventurar su vida en una plaza de toros, suspira porque llegue el risueño diciembre para solazarse en alegres festines, conformes a su carácter festivo y epigramático. Esto es bien poco; pues el pueblo que pasa un año sin hallar un solo honesto espectáculo que le distraiga de sus pesares, corre riesgo de andar a caza de goces reprobados por la religion y la moral.

Y ¿qué significa esa gran mole de granito, cuyos cimientos al tocar en el suelo son ya murallas, y que al impulsó del genio va alzándose rápidamente a las plantas del Pichincha, como un pedestal digno del soberbio coloso? ¿Qué objeto tiene el laberinto de celdillas estrechadas por robustas paredes y férreas puertas, seguras como las cajas en que la codicia guarda sus tesoros? ¿Cuál fue la mente del hábil arquitecto al trazar las pavorosas salas en forma de radios que parten de un mismo punto central, como si debieran ser vistas a un tiempo por un ojo celoso y vigilante? ¿Acaso esto significa opresion, martirio, crueldad? No, sino consuelo. Ese gigante de piedra colocado en la capital de la República, estará allí para precaver en gran parte a la sociedad ecuatoriana de los excesos del crimen. Su sombra benéficamente aterradora hará que el ladrón retroceda temblando al extender el brazo para arrebatar el oro ajenó; que el asesino dispuesto a herir a su víctima, suelte espantado de la ma-

no el puñal sediento de sangre, y que la calumnia muerta su lengua cortadora y venenosa para impedirle que haga al hombre el mas grave de los daños—la pérdida de la honra. Los criminales, apénas entren en ese recinto, han de ver cerrarse detras de ellos las pesadas puertas con rechinantes cerrojos; mas no volverán a salir de él convertidos en los cadáveres del patíbulo sino regenerados por el trabajo y el arrepentimiento, endulzados por la voz consoladora de la religion.

Aislada la ciudad en medio de las montañas y sin mas caminos que senderos estrechos, peligrosos y casi intransitables, se resiente de su incomunicacion; y sin embargo ostenta en sus salones valiosos cristales de colosal tamaño, y no en pocas habitaciones resuenan las ondas melodiosas que parten del teclado de los pianos movido con maestría por los dedos pulidos y sonrosados de las modestas hijas del Pichincha.

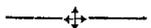
Mas ya centenares de obreros en compactas falanges, dirigidas por expertos ingenieros de la brillante patria de Washington y Franklin, descenden de las montañas, abriendo cómodas vías para dar paso al carro triunfal en que recorre la industria los pueblos civilizados.

Concluidas estas gloriosas tareas la masa del pueblo ecuatoriano hallará en el trabajo las comodidades de la vida, verá en su patria a la madre que la alimenta y educa, y no a la señor que la maltrata y degrada; entonces sentirá realmente en su pecho la llama del patriotismo; y en vez de ser arra-

trada por la perfidia a infames revueltas en daño de la República, solo empuñará las armas para defender con brío el suelo que le brinda paz, goces y ventura, en caso de ser insultado por la impía planta de la conquista o amagado por la agresion de la injusticia y la perversidad. Así, unida, fuerte y feliz se avergonzará de esa flaqueza judiscreta y pueril, de estirpe lugareña, que medra como una maldicion en ciertas comarcas con el nombre de provincialismo, el cual no se conoce sino en la inerciaunicacion del aislamiento, nunca y nunca puede circular libremente por los miembros de un mismo cuerpo social el fluido vivificante del amor patrio, y por todos los espíritus las grandiosas ideas de nacionalidad, independenciam i civilizacion.

Y tú tambien disfrutarás de estos be-

neficios, hermosa Manabí, patria de esas huries en quienes se ve unida la aerea esbelteza de las ninfas del Guáyas con la hechicera modestia y dulce trato de las hijas del Pichincha. Sí, tú tambien te elevarás como las palmas regadas por las aguas de tus rios, y mas aun cuando llegue el no lejano día en que las rápidas locomotivas, deslizándose desde Quito a tus dominios, te vayan a sorprender ora acosando como Diana a los furiosos javalíes entre las apartadas selvas de que extraes tus preciosas resinas, ora recogiendo como Flora tus codiciados frutos bajo la sombra de tus frondosos cacaotales, ora, finalmente, formando placentera tus preciosos tejidos, recostada a lo largo del océano en tu lecho de conchas y perlas a cuyo rodapié van a depositar las ondas sus cándidas espumas.



XI.

LA LAGUNA DE MOJANDA.

Qué soledad! No hay una avecilla que interrumpa con sus trinos el tético silencio que reina en este encumbrado sitio; no hay siquiera un insecto que con su ténue zumbido indique que a lo ménos se pisa aquí sobre el suelo que cubre las oscuras moradas de los que ya no son; pero Dios invisible puebla y anima los desiertos y las cumbres solitarias con los entes ideales que hablan al oído del hombre palabras misteriosas, edificantes y consoladoras; con la luz del cielo que revela el resplandor de su gloria, con las voladoras nu-

bes que derraman sobre el corazón cierta dulce melancolia, y con el fragor del trueno, nuncio sublime de la Magestad omnipotente. Y esto no es estar solo, sino apartado por un instante del humano bullicio para entender mejor el mágico lenguaje de la naturaleza, y elevar al trono del Altísimo el incienso de la oracion sin la tibieza y vaguedad difundidas en las poblaciones por el curso de los hombres.

¿Pero quién ha trastornado así la pesada mole de esta montaña? ¿Quién ha podido hacerla saltar en pedazos co-

mo una nuez comprimida por la tenacilla destinada a quebrantarla? ¿Qué se han hecho las grandes rocas que han llenado la inmensa cavidad en que duerme la enlutada laguna en medio de los negros picos que la rodean en sublime perfil? ---- Que pequeño es el hombre! No se admira de que un niño cause un hoyuelo en el blando barro al hundir en este su delicado dedo, y se sorprende de que las fuerzas prodigiosas de la naturaleza hayan removido algunos átomos de polvo en esta esferilla que habitamos, y que apenas brilla en el espacio como una chispa desprendida del pedernal. Mas si esto es así, ¿dónde están los límites de la creacion? ¿Dónde termina la obra del soplo de Dios, la fuerza de ese *fiat* que produjo el universo? ¿Qué significan los planetas que giran en torno de nuestro sol si él mismo es tal que ha sido medido, pesado, analizado por el gusanillo terrestre que piensa y habla? Qué piensa y habla! Cómo? Oh prodigio! Tambien en lo pequeño, en lo ínfimo, cabe una grandeza incomprensible, una existencia que se difunde por todo lo creado, una elevacion que llega al pié del trono de la Divinidad, y esto a la vez se replega como un punto a presencia del Altísimo, y ---- Pero a donde voy? Mi espíritu deslumbrado con los misteriosos fenómenos que osó considerar, cae en desmayo dentro de sí mismo, y ni él se comprende. Oh! ¿Quién me liberta del vértigo que agita mi cabeza en presencia del mundo que me rodea? ¿Quién me detiene en medio del torbellino que me arrebató como a una leve paja la furia del aquilon? La ciencia? Pero ella se reduce a saber que no sabe. La

humanidad? Pero "cada carne es heno, y su gloria es " como la flor del campo," y su vida " como un sueño de sombra." La poesia? Pero ella es David que se arrepiente y gime, Job que medita y se resigna, la lira que canta y embeleza, y no la luz que desvanece las tinieblas del caos. Seguiré, pues, vogando a tientas en el proceloso mar de la vida con la esperanza de hallar mas allá del sepulcro el cristalino rio de la sabiduria, no enturbiado por el cieno del error. ¿Mas a donde me conduce el génio de la soledad? Ya el murmullo de la laguna me convida a buscar en su belleza impresiones mas acomodadas a la debilidad de la humana constitucion, y yo obedezco a este dulce llamamiento.

Sobre el bruído cristal de la negra superficie descansa una nube sombría, como una columna elevada en la mansion de la muerte. En su transparente fondo se ven reproducidos el cielo nebuloso, el sol opaco y los agudos peñoles que decoran la escena. Al contemplar el tétrico aislamiento de la misteriosa laguna, sus contornos destrozados, sus rocas cenicientas e inclinadas, su angustiador silencio y pavorosa grandeza, se diria que es parte del caos eternamente condenada a su imponente desórden en medio del mundo ya formado, de la tierra animada por el soplo de la vida y adornada con los encantos de su lozana vegetacion.

No léjos de este sitio, en el risueño valle sobre que se eleva el Imbabura, duermen tambien en plácida quietud otras aguas, en cuyo fulgente cristal se mira la viva imágen de un cielo siempre hermoso y con frecuencia despeja-

mo una nuez comprimida por la tenacilla destinada a quebrantarla? ¿Qué se han hecho las grandes rocas que han llenado la inmensa cavidad en que duerme la enlutada laguna en medio de los negros picos que la rodean en sublime perfil? ---- Que pequeño es el hombre! No se admira de que un niño cause un hoyuelo en el blando barro al hundir en este su delicado dedo, y se sorprende de que las fuerzas prodigiosas de la naturaleza hayan removido algunos átomos de polvo en esta esferilla que habitamos, y que apenas brilla en el espacio como una chispa desprendida del pedernal. Mas si esto es así, ¿dónde están los límites de la creacion? ¿Dónde termina la obra del soplo de Dios, la fuerza de ese *fiat* que produjo el universo? ¿Qué significan los planetas que giran en torno de nuestro sol si él mismo es tal que ha sido medido, pesado, analizado por el gusanillo terrestre que piensa y habla? Qué piensa y habla! Cómo? Oh prodigio! Tambien en lo pequeño, en lo ínfimo, cabe una grandeza incomprensible, una existencia que se difunde por todo lo creado, una elevacion que llega al pié del trono de la Divinidad, y esto a la vez se replega como un punto a presencia del Altísimo, y ---- Pero a donde voy? Mi espíritu deslumbrado con los misteriosos fenómenos que osó considerar, cae en desmayo dentro de sí mismo, y ni él se comprende. Oh! ¿Quién me liberta del vértigo que agita mi cabeza en presencia del mundo que me rodea? ¿Quién me detiene en medio del torbellino que me arrebató como a una leve paja la furia del aquilon? La ciencia? Pero ella se reduce a saber que no sabe. La

humanidad? Pero "cada carne es heno, y su gloria es " como la flor del campo," y su vida " como un sueño de sombra." La poesia? Pero ella es David que se arrepiente y gime, Job que medita y se resigna, la lira que canta y embeleza, y no la luz que desvanece las tinieblas del caos. Seguiré, pues, vogando a tientas en el proceloso mar de la vida con la esperanza de hallar mas allá del sepulcro el cristalino rio de la sabiduria, no enturbiado por el cieno del error. ¿Mas a donde me conduce el génio de la soledad? Ya el murmullo de la laguna me convida a buscar en su belleza impresiones mas acomodadas a la debilidad de la humana constitucion, y yo obedezco a este dulce llamamiento.

Sobre el bruído cristal de la negra superficie descansa una nube sombría, como una columna elevada en la mansion de la muerte. En su transparente fondo se ven reproducidos el cielo nebuloso, el sol opaco y los agudos peñoles que decoran la escena. Al contemplar el tétrico aislamiento de la misteriosa laguna, sus contornos destrozados, sus rocas cenicientas e inclinadas, su angustiador silencio y pavorosa grandeza, se diria que es parte del caos eternamente condenada a su imponente desórden en medio del mundo ya formado, de la tierra animada por el soplo de la vida y adornada con los encantos de su lozana vegetacion.

No léjos de este sitio, en el risueño valle sobre que se eleva el Imbabura, duermen tambien en plácida quietud otras aguas, en cuyo fulgente cristal se mira la viva imágen de un cielo siempre hermoso y con frecuencia despeja-

base; los templos, torres y casas de las ciudades y aldeas han sido también batidos por tierra en inexplicable trastorno, y en medio de los escombros que sepultan a los habitantes, se elevan humildes barracas en lastimoso desorden; finalmente en la cima del Imbabura la muerte tremola en triunfo su pendon empolvado.

¿Pero que significa todo esto en la carrera del tiempo y en la vasta extensión del universo? No mas que una clavellina marchita y deshojada en la corona de flores que ciñe la sien de nuestra madre la Tierra. Aun el desgarrante gemido exalado por las victimas sepultadas entre las ruinas del último terremoto y que conmovió a la humanidad esparcida en todo el orbe, apenas es repetido hoy por el eco del dolor como el lejano murmullo de una paloma moribunda. ¿Ni que importa el trastorno acaecido en un punto imperceptible de nuestro planeta? Tú, o sol, arrojado como una eterna lumbrera al centro del sistema en que campeas como señor, has iluminado en tu magnífico curso la cuna, lo mismo que la tumba de innumerables ciudades y naciones; has visto hundirse en el océano clavadas montañas, y surgir de él otras nuevas al impetu de las fuerzas de la naturaleza; has visto también saltar en pedazos los planetas que en otro tiempo brillaban en el espacio, y tú mismo en tu perenne ebullición te agitas en convulsos trastornos sin que por eso se mude tu esencia, ni dejes de cumplir con el destino que te señaló el Creador del universo, hasta que El sople sobre tu disco y lo apague, porque así convenga a sus inescrutables designios.

Lloremos, pues, el día en que plazca al Señor humillar nuestro insensato orgullo con los rudos golpes de su santa ira; pero lloremos como cristianos resignados, bendiciendo la mano divina que nos hiere y reflexionando, a fin de enjugar nuestras lágrimas, que

*"La primera causa omnipotente,
Solo por leyes generales obra,
Que invierte alguna vez cuando le place,
Y nunca sin razon, y el mal permite
Si a conservar el todo contribuye."*

Oh patria mia! Al volver a tu seno desde las playas de la mar, inundóse mi alma en indecible gozo, y terminada mi incursión en tu recinto, me duele dejar de oír la dulce voz de los géminos que moran en los lugares que he visitado, y me entristece la idea de alejarme de las fuentes de inspiración y de inefables delicias que abrigan los parajes que he recorrido. Haciendo, pues, fervientes votos por tu engrandecimiento y ventura, volveré a sentarme en mi hogar, en medio de mi cara familia. ¡Quiera Dios que cuando mi espíritu vuelva bácia El, mis cenizas reposen en las faldas de mi monte coronado de nieve, en las cuales duermen los huesos de mis padres y de mi idolatrado hijo! (¡Aí mi hijo!) Y si antes la rugosa vejez hiela la sangre en mis venas y extingue la luz de mis ojos, seame dado oír de los labios de una de mis queridas hijas el canto sagrado que entone en tu alabanza algún vate en paz de tañer la lira con el mágico plectro de Olmedo.

